

LA POSICION DE WALDO ROSS EN EL ENSAYO HISPANOAMERICANO

Emilio Barón



UNA AUTOBIOGRAFIA ESPIRITUAL.— El libro de Waldo Ross (1), *Soledad y heroísmo en la vida de Dios* (2), se inscribe dentro de esa línea de obras que trazan el itinerario del pensamiento de sus autores. Autobiografías espirituales en las que el escritor es, al mismo tiempo, el lector más interesado ya que generalmente espera de su obra la clarificación, el entendimiento de su propio ser. Autobiografías pues, que son ante todo formas de autoconocimiento. Desde las *Confesiones de San Agustín*, este género de literatura ha tenido sus cultivadores tanto en el terreno del pensamiento puro como en las memorias de cierto tipo de escritores, de los que acaso Goethe sea el exponente más señalado.

El ensayo de Waldo Ross tiene como objetivo, además del ya señalado, la exploración del papel que la soledad juega en la vida del ser humano. A dicha exploración le condujo, desde luego, su personal experiencia de la soledad como fundamento de su propio mundo, de su ser. *Soledad...* es ante todo, un ensayo de metafísica sobre la soledad. Escribe Ross: “por eso mi actual filosofía, mi religión, es una metafísica soledad, en la cual se considera la soledad de la misma manera que Tales de Mileto consideraba el Agua: como el origen fundamental y primero de las cosas” (p.27).

A mi juicio, el valor del libro del profesor Ross radica por un lado en su autenticidad, es decir, en el hecho de que sus ideas son fruto de vivencias profundas; y por otro lado, en el rigor filosófico con que el autor articula sus intuiciones sobre la soledad; el lector tiene la impresión de que el autor ha tratado de argumentar lógicamente las intuiciones que le habían acompañado desde el despertar primero de su conciencia. Ciertamente hoy día podemos hacerle algunos reparos al libro; pero dichos reparos, posibles desde un análisis ideológico de los presupuestos del mismo y desde una confrontación con ciertos puntos de Psicoanálisis —que el autor sin duda admitiría hoy—, no disminuyen el valor de estas intuiciones, principalmente en lo relativo al fenómeno de la creación artística, aspecto éste que Ross ha sabido tratar como pocos escritores lo han hecho.

El libro consta de cuatro apartados. En el primero, “Mi Religión”, Ross hace el relato de su evolución espiritual; ésta es la parte propiamente autobiográfica. En los tres siguientes capítulos —“Soledad y heroísmo en la vida de Dios”, “La eternidad naciente”—, Ross aborda el examen de la soledad. Dos conocidos lemas filosóficos sirven de base táctica al libro: “conócete a ti mismo” y “llega a ser el que eres”. El segundo —tomando como bandera por el existencialismo en boga por la época en que Ross escribió su ensayo— lo emparenta con esta corriente del pensamiento de su época. El hombre debe conocerse con vistas a cultivar eso que él reconoce como su ser propio. Autoconocimiento versus autorealización. Exactamente lo que Ross hace en su libro: bucear en su ser y luchar por lograr la plena realización de esas intuiciones que él reconoce como fundamento de su ser.

Pasemos ahora al examen del primer apartado.

Al comienzo de su ensayo, escribe Ross: “Religión es ‘re-ligare’, re-uni6n del hombre con Dios. Mi religi6n sería —siguiendo el hilo de esta explicaci6n— la reuni6n de mí mismo con el Dios que siempre se ha hecho presente en mí mismo (...) Mi religi6n sería, pues, un fundamental reencuentro con mi pasado”. (p. 11-12)(5). Repárese en esta última frase: “un fundamental reencuentro con mi pasado”; que traducida en

términos psicoanalíticos significaría “un retorno a la Madre”. En poesía esto se llama “un retorno a la Infancia”. Advertamos de paso que para Ross la Metafísica existe sólo como prolongación de lo físico; no hay Más allá de... sin este acá. La gran verdad que el psicoanálisis introdujo entre nosotros consistió en hacernos ver que somos únicamente cuerpos. Wittgenstein nos haría notar que precisamente esto — que existimos, que el mundo existe— es lo único que no puede “ser dicho en un lenguaje lógico”. En todo caso, no creo que esta indicación acerca del terreno sobre el que Waldo Ross se movía al escribir su ensayo sea superflua: el término “metafísica” podría destruir al lector en un primer momento.

Cuenta Ross en este primer capítulo, que su infancia estuvo bajo el signo de la soledad. Hasta el punto de que, hacia los seis años de edad, mundo para él significaba “el conjunto integral de las cosas que yo pensaba, fueran estas cosas físicas, psíquicas o simplemente mitológicas”. Por eso, agrega Ross. “Mi mundo era substancialmente *mi destino*”. (p.14). El autor nunca pudo separar durante esos años las nociones de mundo o de destino personal. Fue la educación católica la encargada de operar en él dicha separación.

No existiendo para Ross un mundo exterior, ajeno a su propio destino, este último se convirtió para él en “el conjunto de *actos heroicos* que pudiera realizar en mi vida” (p. 15). Pese a lo cual, este mundo no es el de un solipsista, sino que “se abría por un lado hacia el pasado remoto de las mitologías y, por otro, hacia esperanza de libertad que era algo así como la substancia misma de la epopeya”. Obsérvese la inserción del mundo del autor en la eternidad: arranca de la mitología (intemporal) y se dirige a través de la historia (el tiempo) hacia la realización del ideal (otro tipo de eternidad, ya que la realización perfecta del ideal sólo podía darse al margen del fluir temporal; en la corriente de la historia sólo caben realizaciones parciales y/o fugases) (6). Para Ross pues, su propia existencia se le aparece como un paréntesis temporal inscrito en la eternidad; no de un modo diferente han concebido numerosos poetas sus propias experiencias.

Detalle curioso: fue con la mitología egipcia con la que primero tomó contacto Ross. Respecto a cómo se imaginaba la esperanza de la libertad, escribe: "Me imaginaba que la libertad, era algo así como la plenitud de mi mundo solitario, mundo que germinaría en la primavera de la libertad para así —en mágica metamorfosis— dar nacimiento a un nuevo mundo, reflejo de un paraíso perdido que estaría en mi mano reconstruir" (p. 16-17). Obsérvese la alusión al mito del Paraíso: para Ross, el hombre sale del Paraíso, cae en el tiempo, y se esfuerza por recuperar su primer estado; de nuevo esa creencia del autor en que la existencia no es sino un paréntesis dentro de la eternidad. ¿Qué papel juega entonces la muerte? : la amenaza a la reconstrucción del Paraíso en el tiempo, la no realización del ideal. En su infancia Ross asociaba la presencia de la muerte con su vida familiar, y el ideal —la plenitud de su mundo solitario— con la mujer, con lo femenino. La familia tradicional, como representante de la moral que reprime a la vida, no podía por menos de ser identificada con la muerte. Todo lo dicho no es sino preparación para el siguiente párrafo: "Mundo en el cual destino, heroísmo y mundo se identificaban. Mundo con muerte y libertad por esencia y fin. Mundo donde lo mítico y lo erótico se entrelazaban para tejer la epopeya. Ese fue mi mundo y sobre ese mundo germinó mi religión" (p. 18-19).

Tras la consolidación de su propio mundo, Ross tuvo que enfrentarlo con el mundo de los demás. La existencia de la muerte y el sentido de la epopeya que implicaba la realización de su mundo personal, llevaron al autor a rechazar la existencia de un Dios infinitamente bueno e independiente de su propio mundo. El argumento que Ross se planteó a esa temprana edad podría formularse en los siguientes términos: "Si Dios fuese infinitamente bueno no podría permitir a la muerte asesinar la posibilidad misma de mis actos heroicos" (p.20). Sobrevino entonces la educación católica, que sepultó por algunos años esta concepción pagana y materialista. "El sentimiento de un pasado mítico —escribe Ross—, refugio de una pluralidad de dioses y de fuerzas misteriosas, dio paso a la idea cristiana de una creación desde la Nada efectuada por Dios Padre, infinito, personal y

generalmente iracundo". Tras un período de inautenticidad, durante el cual Ross sustituyó la satisfacción de sus anteriores ideales por la vanidad, las aguas volvieron a sus primitivos cauces: la oposición familiar —que lo encontraba "obediente" mas retraído—, la lectura de H. G. Wells, Einstein y sobre todo, Spinoza, colaboraron activamente en esta tarea de reconstrucción, corroborando así la sentencia de Pascal, "No me buscarías si no me hubieras encontrado". Escribe Ross: "Spinoza complementó la labor de Wells volviendo mis ojos al infinito que se encierra dentro de la naturaleza" (p. 25).

El primer libro publicado por Ross, *Los problemas de la Filosofía* (7), cuando el autor contaba veinte años, significó el alejamiento por parte del autor de ese mundo medieval en el que lo había sumido la educación católica. Dueño otra vez de sí, Ross comenzó su segunda batalla de liberación: "Era preciso ir a la búsqueda de mi mundo perdido, sin tener la seguridad de poder encontrarlo". Odisea que alcanzó su culminación por la época en que Ross escribió el ensayo que ahora nos ocupa. *Soledad...* representa así el reencuentro de Ross con su mundo original, aquel sobre el que habría de germinar su filosofía. Recordemos que el regreso a Itaca o la matanza de los pretendientes no son, en el poema de Homero, sino los requisitos para 1º gobernar Itaca, según concluye el poema, y 2º iniciar un nuevo período, con un remo al hombro, hasta llegar a un lugar donde los habitantes confundirán el remo con un aventador, según la profecía de Tiresias a Ulises. El Psicoanálisis dice: hay que escoger entre la necesidad y el deseo, entre Itaca y el viaje con el remo. Para Ross, Filosofía es "la teoría general de mi vida" (p. 26); y Dios significa "la meta última a que aspira el proceso histórico-natural dentro del cual el hombre y su mundo se hallan sumergidos. Dios no es el creador de tal proceso, por el contrario, éste es el que engendra a la 'divinidad'" (p. 27-28). Este último punto es sumamente interesante: para Ross Dios no es más que "el sentido fundamental hacia el cual se entretajan las fibras más intensas del heroísmo que forma nuestra historia" (p. 28. Más adelante quedará especificado el sentido de "heroísmo"). Y la inmortalidad, la única

inmortalidad posible “es aquella que se gana en la medida en que nuestro heroísmo se injerta y perpetúa en aquel sentido fundamental que es Dios” (p. 28). Otra definición de Dios: “Dios es fundamentalmente *mi destino*, destino que se gesta minuto a minuto, segundo a segundo, en cada raptó heroico” (p. 2). Dios creación del hombre, y no al revés. Un escritor francés, André Gide, creía también que acaso Dios no sea tanto el punto de partida de la humanidad como la meta de ésta; que el esfuerzo de los hombres se orienta hacia la creación de un Dios, y de ahí que el término de la humanidad sería el comienzo de Dios. Y antes que Ross y que Gide, el poeta inglés Swinburne (1837-1909), en su poema “The Hymn of Man” expresó parecida opinión, considerando que, si el hombre inventa a Dios, es superior al mismo, y que el Dios único es el alma colectiva de la humanidad. Detengámonos un poco más en la última definición de Dios que Ross nos da en su libro: “Dios es fundamentalmente *mi destino*, destino que se gesta minuto a minuto, segundo a segundo...”

Maimónides creía que Dios crea las cosas en cada momento, las re-crea en cada instante, con el fin de que no desaparezcan (8). Tomemos ahora esta definición del filósofo judío y consideremos con Ross que Dios “se hace” y que sus autores somos nosotros mismos. Esto significa que cada “instante” que vivimos (y aquí entra lo heroico: vida vivida) crea a Dios. El “instante” tiene una raíz que indica su pertenencia a un continuum puntiforme, así como las secuencias de un film están separadas unas de otras, a pesar de que las vemos unidas en las escenas. Ese continuum , en expansión permanente, sería, según Ross, Dios, la suma de instantes vividos. Si a alguien le parece descabellada o anacrónica esta creencia de Ross, le invitamos a leer el libro *La Gnosis de Princeton*, aparecido estos últimos años, en el que los científicos consagrados al estudio del espacio y de los vuelos por el mismo, expresan idénticas conclusiones sobre el universo.

Termina Ross este primer capítulo definiendo lo que él entiende por metafísica: toda experiencia metafísica consiste en el retorno a los orígenes, allí donde mora la presencia de lo

divino. En el encuentro del hombre con esa patria primitiva suya, "es donde emerge la vieja presencia divina ahora rejuvenecida por la larga experiencia de esa penosa Odisea" (p. 2). Toda experiencia metafísica sería pues, una experiencia de carácter religioso: pasar del tiempo profano al tiempo sagrado —en el sentido que Mircea Eliade da a estos términos en su estudio sobre el mito—. En cada retorno al pasado, en cada instante eterno —sagrado—, el hombre cobra fuerzas para regresar a su presente histórico, al tiempo profano, como Anteo volvía a la Tierra para regresar cargado de energía. Si algún parecido ha de tener para nosotros la metafísica es éste: proporcionarnos energía para seguir viviendo. Como la Religión, como el Arte. Ernesto Sábato, uno de los escritores actuales que no desdeñaría el apelativo de "metafísico", escribe: "se preguntan algunos cuál es la misión de la literatura y del Arte: ayudar al hombre a vivir...". Y Ezra Pound, el miglior fabbro, un escritor diametralmente opuesto, a quien nadie tildaría de metafísico, escribía: "la misión de la Literatura consiste en fortificar la mente y en incitar a la Humanidad a seguir viviendo...". Ayudar a vivir: esta es la misión que, según Ross, tiene la metafísica. No servir de evasión del presente, de la historia, sino de colaborar en su realización, en la realización del hombre histórico. En este sentido, como decimos, la entiende Ross, y por ello su experiencia metafísica de la soledad es válida y puede ser útil al hombre e nuestros días.

UN EXAMEN DE LA SOLEDAD.—

Tres son las cuestiones que Ross se plantea:

- 1) ¿Qué es la soledad?
- 2) ¿Qué relación guarda con el Ser y con el hombre?
- 3) ¿Cómo los seres y con ellos el hombre podrían trastocar el sentido y la esencia de la soledad?

Recordemos ante todo que para Ross, la experiencia filosófica primera se encuentra en la soledad; ésta es, según él, "el origen fundamental y primero de todos los seres".

Recordemos asimismo —siguiendo al autor— los tres sentidos en que puede entenderse la soledad:

a) Como *un cierto estado psicológico* por el cual el individuo se siente como en ostracismo respecto a las personas y cosas que lo rodean.

b) Como *un modo de intuición* por el cual el sujeto puede capturar las zonas más profundas de su espíritu, de su intimidad más recóndita.

c) Como *hipóstasis de tipo metafísico*, como principio fundamental primero de todas las cosas. De acuerdo con este tercer sentido “*todos los seres son soledad*”; la soledad sería la sustancia misma del universo metafísico. Pasemos ahora, con el autor, a considerar estos tres sentidos de la soledad, con lo que entramos en la primera cuestión:

1) *¿Qué es la soledad?* Considera Ross que la soledad entendida en sentido psicológico antes que soledad es un *sentimiento angustioso de aislamiento* que el sujeto que se siente solitario —en este primer sentido— rechaza consciente o inconscientemente. Según el autor, ésta no puede ser la verdadera soledad, ya que la misma es un estado que naturalmente apetece por cuanto nos acerca más a nosotros mismos.

Entendida como intuición, la soledad expresa la calidad finita del ser humano, la terrible desolación que el mismo sufre al entrar en el mundo. Tres son los caracteres de la soledad así entendida: la huida que el espíritu emprende fuera de las cosas que le rodean —huida en la que se cortan las “relaciones de compañía entre las cosas del mundo y nosotros mismos”—; en la soledad las cosas del mundo aparecen en su más absoluta multiplicidad, las cosas que integran nuestro mundo se nos aparecen desconectadas las unas respecto a las otras y todas ellas respecto a nosotros mismos: “en esta situación, cada cosa aparece desconectada respecto a su propia esencia ya que las esencias que vemos integradas a nuestro mundo no son esencias —para— sí, sino, por el contrario, esencias —para— lo otro” (p. 40). Esto significa que en el fondo de la soledad no se observa un universo; por el contrario, sólo puede darse en ella un multiverso en el que cada cosa se

nos aparece en su absoluta multiplicidad, desconectada de toda esencia y fluyendo en un devenir irracional que exige una iscontinuidad fundamental. Por último, en la soledad, entendida en este segundo sentido, el espíritu se intuye a sí mismo como multiplicidad. Aquel vive su soledad sin aferrarse a ningún recuerdo, a un amor pasado o a una esperanza que nunca llega se intuye a sí mismo como una sucesión de estados pulverizados. Por ser "huída" la soledad implica una "renunciación" fundamental a las relaciones de compañía; por ser multiplicidad, paso de vida a muerte, resurrección de muerte a vida, la soledad implica una agonía fundamental. Y así llega Ross a definir lo que él entiende por Ser: "solamente cuando nos adherimos con gran fe y heroica energía a un sentimiento favorito, a una idea privilegiada o a una estructura mental preferida a fin de escapar de la soledad, sólo entonces llegamos a ser conscientes de nuestra identidad personal, sólo entonces el ser adquiere un sentido: "Somos lo que quisiéramos ser" (p. 42-43

Detengámonos paraver a dónde nos lleva el entender la soledad en este segundo sentido. La soledad exige incluso la más dura de las libertades: la liberación respecto a sí mismo. El que se libera de las cosas es un héroe; el que por su heroísmo se libera de sí mismo es un Dios. En esto consiste la filosofía: en conocerse a sí mismo para liberarse de sí mismo. Así lo afirma Aristóteles en el Primer libro de su *Metafísica*, diciendo que la filosofía es una ciencia divina que se propone fines divinos. Así, en su más originaria pureza, el espíritu del hombre es finitud, finitud que se ha ganado gracias a la libertad, vale decir, a la total "indeterminación" y "no-relación" respecto a sí mismo y a su mundo. La libertad no emerge desde el ser del hombre, sino —al igual que la soledad— es previa a todo ser. La libertad es la otra cara de la soledad y se nos "desploma encima" como un cataclismo, tan pronto rompemos las relaciones que sujetan la estructura del edificio de nuestro ser interno. Cualquiera puede creer que la libertad no puede existir como una idea platónica, subsistente en sí misma. Esta crítica, tan sólida a simple vista —comenta Ross—, es falsa. Es falsa porque no es posible

identificar la libertad con el ser sustancial, desde el momento en que la libertad es una manifestación de la soledad y se hace presente tan sólo desde el instante en que la soledad rompe las ataduras que nos ligan a los seres e incluso al ser sustancial que creemos ver en nuestra vida interna (9).

Veamos ahora el modo en que el autor llega a identificar la soledad como modo de intuición con la soledad como hipóstasis. La soledad entendida como autoconocimiento sería la intuición (soledad-intuición y el objeto de esta intuición sería la totalidad de las cosas que pueden ser soledad (soledad-hipóstasis). Demuestra Ross que la experiencia de la soledad —entendida en cualquiera de los tres sentidos que le hemos dado— no tendría cabida dentro del mundo del solipsismo, ni podría conducirnos a una forma cualquiera de egoísmo que niegue la multiplicidad de nuestro mundo. Tras lo cual, el autor prueba que no hay diferencia entre la soledad-intuición y la soledad-hipóstasis (10). Anulando la unidad cerrada del solipsismo, la soledad afirma, por el contrario, la multiplicidad de un mundo abierto en donde siempre la novedad, la aventura y el heroísmo están presentes, puesto que en la soledad las cosas se desligan de sus esencias, como quedó dicho.

Captar la soledad no es tan sólo *ser* la soledad, sino además, *recrear* continuamente las instancias, las provincias y estadios que se dan dentro de la multiplicidad de ese mundo abierto de la soledad. Pero, ¿cuál es el sentido de ese “re-crear” la multiplicidad de la soledad? Según Ross, la soledad no es creación: es “eterna”. Pero esta eternidad suya no debe entenderse en el sentido clásico como vida dada toda junta que incluye el pasado, sino como *futuricidas*. *Literalmente: la soledad no ha sido* (solamente pudo haber “sido” el Ser), sino que será eternamente. Así, la soledad es, en cierta manera el principio que procede y concilia tanto a la evolución como a la creación. Y por consiguiente, la soledad es el ámbito de la fe, puesto que la fe es la “substancia de las cosas que se esperan”.

2) ¿Qué relación guarda la soledad con el ser y el hombre?

La soledad no se revela en la existencia ni por la razón ni por un

impulso irracional, sino por la fe. La fe es el factor *ontificante* de la soledad. La fe es, pues, la relación no intuitiva, no acompañante, existente entre la soledad y el ser. Por esto mismo —recuerda el autor— presentía Kierkegaard que la fe es un salto en la nada. Ahora bien, no hay propiamente Ser, sino un “deseo, un anhelo de Ser”. Este deseo de ser, a fuerza de desear heroicamente algo que “será”, algo que yace en el fondo mismo de la soledad, no acompaña a la soledad sino que “espera” a la soledad. Como ya se dijo, la esencia de la soledad (si es que aquí se pudiera hablar de esencia) consiste en una multiplicidad que se re-crea discontinuamente, como una sucesión de estados pulverizados. Contrariamente a los neoplatónicos, para Ross el origen de las cosas se halla, no en esa multiplicidad pura. Y la relación de la soledad con el existir se encuentra en esa fe fundamental, operativa y heroica que estructura la sustancia misma del Ser. Ser equivale a “anhelo de ser”.

Queda pues, la tercera cuestión:

3) *¿Cómo los seres y con ellos el hombre podrían dar sentido e influir en la marcha misma de la soledad?* Si no hay Ser, sino un anhelo de ser alimentado desde las raíces mismas de la soledad, si por la fe la soledad hace su epifanía en este anhelo de ser, esto indica que el anhelo de ser está “tejido” con las fibras mismas de la soledad, con esa discontinuidad” a que hicimos mención. De aquí que la frase de Shakespeare “*We are such stuff as dreams are made of*” (“los sueños son la sustancia de nuestra vida”) encierre una profunda verdad metafísica, desde que los sueños son los puntos más intensamente solitarios de nuestra vida interna.

Este tejido del anhelo de ser, donde cobran cuerpo nuestros sueños, nuestros más hondos ideales, avanza de continuo hacia “adentro” de la soledad. Es una conquista heroica, por cuanto nunca sabemos a ciencia cierta hasta dónde podemos llegar (aquí se aclara el sentido del término para Ross). En este avance dentro de la soledad, en esta conquista suya, lo heroico culmina en aquellos actos por los cuales el tejido del anhelo de ser adquiere un sentido inmortalizándose,

divinizándose. Por esto afirma Ross que lo divino se realiza en lo heroico. Y por esto también resulta falso afirmar que Dios es el único ser divino: hay múltiples sentidos divinos, innumerables actos divinos, dentro de las vidas que caminan hacia la soledad heroicamente, silenciosamente. De ahí que el primer atributo de Dios sea la multiplicidad. La historia de Dios es así la historia de la fe heroica, y la esencia de Dios es su historicidad. No hay una revelación de Dios en la historia, como pretenden las religiones. Por el contrario, hay una revelación de la historia en Dios y el sentido de tal revelación es lo heroico. Dios no es el origen de la evolución heroica, sino el fin, el sentido a que esa evolución aspira. La vida de Dios se alimenta del heroísmo de los hombres. Por eso Dios vive amenazado por la muerte, y su vida es fragmentaria como fragmentarios son los sentidos de nuestros destinos y los hechos heroicos que se vislumbran en nuestro horizonte. Por todo esto, Ross rechaza tanto la idea de un Dios personal finito (James, Wells, Scheler, el inglés Schiller, Withehead), como un Dios finito resultado de la evolución natural (Samuel Alexander). Según el autor, Dios es el conjunto finito de sentidos (nótese el plural) en donde culmina lo heroico registrado en nuestra historia y sus caracteres son: la finitud, la multiplicidad y la heroicidad — todos ellos nacen de la soledad. Por alimentarse del heroísmo, la vida de Dios no es eterna, sino *eternizable*.

Así concluye Ross su investigación de la soledad. Los dos capítulos siguientes, más breves y sumamente sugestivos, constituyen, a mi juicio, un intento de dar sentido a la vida heroica que el autor propugna para el hombre. Con ellos, entramos en un terreno aún así "indecible", en el sentido que Wittgenstein da a esta palabra en el *Tractatus*.

LA ETERNIDAD NACIENTE.— Resume Ross los planteamientos del problema de la eternidad, en estas dos preguntas: 1º *¿Qué es la eternidad?* 2º *¿Qué relación guarda la eternidad con el tiempo?* Y recuerda la posición metafísica frente a estas preguntas de Plotino y Boecio: para ambos autores a) la eternidad es vida, y por lo tanto se halla más cerca

de la experiencia de la "duración" (la "durée" de Bergson) que del "tiempo", b) en tanto que la definición que Plotino da de la eternidad involucra un sentido estático (lo "actualmente finito" que es universal, hacia delante y hacia atrás, no puede perder nada, porque está dado de un golpe), la de Boecio tiene un sentido prospectivo: la vida no terminada se aglutina hacia adelante) en un futuro estático que se confunde con el instante presente (11). La eternidad pues, es vida. De allí que San Agustín afirmara que el tiempo es la eternidad disgregada. Pero si tal definición es verdadera, se presenta una situación problemática que sólo acepta tres posibilidades de solución: a) o el tiempo encierra en sí, inmanentemente, la esencia de la eternidad (panteísmo), b) o el tiempo participa de la eternidad de algún modo misterioso (doctrina de la gracia divina; doctrina de la armonía preestablecida de Leibnitz), c) o el tiempo corre "paralelamente" a la eternidad a la doctrina aristotélica de la infinitud del tiempo). Estas tres posibilidades encierran a su vez tres terribles dificultades dialécticas: a) si el tiempo encerrara en sí, inmanentemente, la esencia de la eternidad, esto implicaría que la eternidad guarda en su seno una tendencia a des-juntarse, lo cual va en contra del pensar de Plotino y Boecio, b) si el tiempo participara de la eternidad de algún modo misterioso, esto implicaría que la eternidad puede dar un salto irracional dentro del tiempo para así des-juntarse. Por consiguiente, como en el caso anterior, la eternidad encerraría así una tendencia a des-juntarse, c) si el tiempo corriera paralelamente a la eternidad esto implicaría que la eternidad es capaz de aceptar en su esencia un despliegue por el cual se la pueda confrontar con el tiempo. Pero esto equivaldría a decir que la eternidad puede encerrar en sí cierta disposición para la muerte, pues la muerte se halla presente en la "extensión" de las fases del tiempo. Todo esto, según Ross, nos conduce a afirmar que la eternidad no puede jamás ser vida que se halla toda junta.

Tal es la actividad negativa de la filosofía existencial que ha centrado el soplo del tiempo no ya sobre un pasado finito, sino sobre un futuro inagotable. Pero, según el autor, esto implicaría que todas las posibilidades están dadas de un golpe

dentro del futuro (entonces cabría preguntarse la razón de que dichas posibilidades caigan dentro del presente según un orden sucesivo), o bien todas las posibilidades están des-plegadas y en cierto orden de sucesión las una de las otras, pero entonces dichas posibilidades dejarían de ser tales para transformarse en "hechos", pues el hecho es justamente lo opuesto a la posibilidad. La única salida a esta doble dificultad, según Ross, consistiría en suponer que existe cierto tipo de eternidad que se está gestando y está creciendo perpetuamente, en un crecimiento donde las posibilidades del futuro van naciendo en la medida de nuestra fe heroica. Para Ross, "lo eterno debería emerger desde el fondo oscuro de la multiplicidad, desde ese heroísmo que avanza dentro del imperio de la soledad" (p. 77). Porque si la eternidad fuese posesión perfecta de vida perfecta que se halla toda junta, hechos de rango óntico como el destino personal, la comunión y la inspiración quedarían excluidos del ámbito de la eternidad. Aquí toca Ross el problema de la creación poética que, según el, queda caracterizado por dos instancias: a) por la creación de un mundo (el poético) que posee dimensiones propias que dependen de la intensidad de la inspiración, b) por la comunión profunda y absoluta del destino del poeta con su mundo poético. Habría que agregar, además que el mundo poético *poetiza* el destino del poeta. Recuérdese lo que Goethe decía respecto a sus poemas: que no era tanto él. Y recordemos asimismo la afirmación de Rimbaud de que el poeta debe indagar en sí, conocer lo que él es, *cultivarlo* (12). Podríamos citar otros muchos poetas que en algún momento han hecho esta afirmación; me limitará a transcribir estas palabras de André Breton: "Qu'on se donne seulement la peine de *pratiquer* la poésie" (13).

Todo esto lleva al autor a las siguientes conclusiones: a) no es posible negar totalmente la eternidad, entendida ésta como eternidad naciente, b) ciertos hechos de rango óntico son incompatibles con la noción de una eternidad entendida como vida perfecta que se vive toda junta, c) consecuentemente, la única noción de eternidad compatible con esos mismos hechos

sería la de un cierto tipo de eternidad que se gestara a partir de los mismos y afincara sus raíces en las cosas temporales y finitas. Estas ideas las aplica Ross a la poesía de Vicente Huidobro, en un ensayo recogido en la ya citada *Problemática de la literatura hispanoamericana*, y allí remitimos al lector curioso. Por esto, concluye Ross, la voz "eternidad" singularizada encierra un falso sentido. Lo propio sería hablar de "eternidades".

MEDITACION SOBRE LA MUERTE.— Según Ross, solamente cuando lo eternizable comienza a vislumbrarse en nuestro horizonte, la muerte se convierte en "misterio", cabe decir, en un problema en cuya solución se pone en juego la totalidad de mi destino. Solamente ante lo eternizable la muerte se convierte en el "misterio de mi propia muerte", se personifica al grado que se personifica a Dios en el misterio de la fe. El misterio de mi propia muerte puede resumirse en esta pregunta: ¿cómo es posible que yo muera, si por mi fe heroica puedo decidir el sentido de lo eternizable? ¿Es acaso mi muerte una traición a mi fe heroica? "Cuando la fe —continúa Ross— se estructura como existencia nuestro "anhelo de ser", esa estructuración va exigiendo un salto de anhelo dentro del "eterno será" de la soledad. En ese salto se produce una "ruptura" dentro de la proyección misma del anhelo. Esa ruptura indica la muerte siempre presente en la "decisión en lo heroico". En este sentido, parangonando a Hegel, podríamos decir que no hay muerte —realizada de un golpe, como un hachazo del Destino— sino que "mi-soledad-muere-muriendo" (p. 89). Y este "ir-muriendo-su-propia-muerte" sólo es comprensible si en cada una de sus instancias heroicas esa muerte "va-siendo-recogida", como en los antiguos mitos. Si mi muerte no fuese "siendo-recogida" ella acontecería de un golpe como problema y no como misterio. La muerte no es misterio del Ser, sino de la Soledad. Por eso la sabiduría popular es justa cuando dice que morimos en soledad, que "nadie puede ayudar a uno a uno a morir" (p. 90). Recordemos unos versos de Luis Cernuda: "Pero ¿cómo ayudarle ante el final Qué afrontaremos solos? "

Según Ross, la muerte como misterio no es traición sino,

por el contrario, reafirmación fundamental de nuestra fe heroica. Y se pregunta “¿Conduce esto a un misticismo pagano de marcados tintes politeístas?” (p. 91). Y da una respuesta forzosamente vaga: “Desde el punto de vista de la historia, nuestra conclusión conducirá a afirmar que el sentido de la historia está determinado por el hecho de que cada uno es capaz de cierto grado de “saber vivir su propia vida” y de “ir muriendo su propia muerte”. En el primer caso hablamos de “saber porqué la vida es una continuidad finita... En el segundo hablamos de “ir muriendo”, porque la soledad es una discontinuidad fundamental. Sin embargo, como la historia no marcha hacia atrás no sería muy propio en esta ocasión hablar de politeísmo o paganismo...” (p. 92). Y Termina Ross su ensayo advirtiendo contra un entendimiento literal de los términos que ha empleado: “No fijemos mucho la atención en la ortodoxia de los términos, desde que el filósofo por propio destino no puede pertenecer a ninguna Iglesia” (p. 92).

NOTAS

1) Nacido en Valparaíso 1926, donde cursa estudios de Matemáticas y Filosofía, doctorándose en Filosofía en 1951. Viaja y dicta conferencias por varios países americanos, antes de establecerse en Santo Domingo, donde funda la *Revista de Filosofía*. Luego enseñará en la Universidad Humboldt de Berlín, en Bristol, en Glasgow, para pasar en 1972 a la Universidad de Montreal (Cánada), donde actualmente enseña. Es autor de un gran número de ensayos filosóficos y de crítica literaria: *Ensayo sobre la geografía interior* (3) y el más reciente, *Problemática de la Literatura hispanoamericana* (4).

(2) Santo Domingo, Librería Dominicana, 1957 (Ilustraciones de Vela Zanetti).

(3) Madrid, Librería Sanchez Cuesta, 1971 (Prefacio de Roberto Ricart).

(4) Berlín, Colloquium Verlag, 1976.

(5) “Mi Religión”, el famoso ensayo de Miguel de Unamuno, fue inspirado por una pregunta de Luis Ross, tío del autor. Al respecto puede verse el libro de Luis Ross *Más allá del Atlántico* (F. Sempere y Cía. Editores, Valencia, 1909), con prólogo de Unamuno y epílogo de C. Bernaldo de Quirós.

(6) En Psicoanálisis esto significa que el Soberano Bien—la Madre— está vedado. Cfr. Moustafá Sefouan, *El estructuralismo en Psicoanálisis* (Buenos Aires, Losada, 1972).

(7) Valparaíso, 1947. Este libro fue comentado generosamente por el filósofo francés Etienne Gilson. En respuesta a ciertas observaciones del pensador francés,

Ross publicó su segundo libro titulado *Dios y la Filosofía* (Réplica a Etienne Gilson), Valparaíso, 1951.

(8) Ver también el artículo de Borges "Nueva refutación del tiempo".

(9) Ver el libro de Erich Fromm, *Fear of Freedom* (1942).

(10) "Si la intuición y su objeto, si la soledad-intuición y la soledad-hipóstasis fuesen diferentes, ello indicaría que entre la soledad-hipóstasis debería existir un puente, una relación fundamental unitiva, pues de lo contrario no podría darse una aprehensión de las cosas de nuestro mundo "como existiendo en soledad". En este caso, la soledad-intuición estaría acompañada por una relación "ajena" a sí misma, con lo cual dejaría automáticamente de ser soledad. Por otra parte, si aceptáramos que es posible una aprehensión de la soledad misma, de la soledad hipostasiada, aunque ésta fuese totalmente diferente de su intuición correspondiente, de su soledad intuición, deberíamos aceptar entonces que la soledad-hipóstasis se conoce "a través-de-algo" diferente de la soledad-intuición. Ahora bien, para afirmar que la soledad-intuición es solamente soledad y nada más que soledad, sería necesario "aislar" esta soledad-intuición de aquel "a-través-de-algo" con lo cual se daría el caso paradójico de encontrarnos frente a una "soledad de la soledad intuición" lo cual es evidentemente absurdo" (p.50-51).

(11) Cfr. Ross. *Dios y la Filosofía*, p. 18.

(12) "La première étude de L'homme qui veut être poète est sa propre connaissance entière. Il cherche son âme, il l'inspecte, il la tente, l'apprend. Dès qu'il la sait, le doit cultiver: cela semble simple: en tout cerveau s'accomplit un développement naturel" ("Lettre du Voyant").

(13) *Manifeste du Surréalisme*.